ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

De la extrañeza malsana.

Hace unos meses, un periódico londonense, y después uno de España, publicaban una curiosa estadística de la vida religiosa en Inglaterra. Las cifras se sucedían en uno y otro trabajo tras los títulos de las varias confesiones y credos religiosos que viven y se toleran en la Gran Bretaña. El periódico inglés hacía la estadística con el único propósito de informar á sus lectores, y el periódico español, utilizando la primera vendimia de su colega allende el mar, preparaba una recolección sobre aquellos frutos, y no consignaba la estadística por mera información únicamente, sino que la ofrecía para admirar y admirarse de la grande y proverbial tolerancia religiosa que caracteriza al pueblo inglés. Hasta aquí el hecho no tiene nada de particular; pero desde aquí empieza á perder la generalidad que ha podido atribuírsele.

La admiración es el principio de la filosofía, decía Platón, y es cierto; pero no todas las admiraciones pueden hacernos filósofos. Hay una admiración que es precisamente todo lo contrario de esa que inaugura el pensamiento filosófico entre los hombres, y que no es una admiración precisamente, sino una extrañeza, una admiración en contra.

Después de la estadística religiosa de Inglaterra, he visto

hace poco en otros dos periódicos, uno inglés y otro español, como en el caso anterior, la estadística religiosa de la capital de los Estados Unidos, que es tan variada, tan tolerante y tan incompleta como la del Reino Unido. Como la otra estadística, ha sido ofrecida al público para que admire la variedad de cultos y de creencias que conviven en América del Norte. Ahora bien; ¿esa admiración impuesta es sana? Había que preguntar primeramente si es admiración. Desde luego no lo es en el noble sentido que concedemos á esa adaptación espontánea hacia lo grande. Se consignan esos hechos como raros y extraños, si se prefiere como curiosos. Pero eso no es bueno. Los lectores no han visto únicamente las estadísticas, las han visto de un cierto modo, de una cierta manera; del modo y de la manera que se les ha ofrecido para que viesen lo que se les quería enseñar, no toda la obra, sino un efecto de la misma. Es como si enseñándonos un cuadro nos dijesen: «Ahora véanlo ustedes al socaire», y se viese efectivamente uno de esos efectos «extraños» que no contó producir el artista. Es más, si sólo se viese de ese modo el cuadro, no se habría visto la verdadera obra que tuviésemos delante.

Lo hechos numerados, lo mejor y lo más sano es ofrecerlos como son, de frente, sin observación alguna. Si las cifras tienen que llevar algún exponente, algún signo que las modifique, lo mejor es escribirlas según el arte matemático y no poner una indicación final tras de las cifras que las desnaturalice por completo, por holgar una vez que se han dado todos los datos pedidos.

La admiración ha de ser nuestra, provocada por el objeto que admiramos; no ha de dárnosla nadie. Iríamos entonces hacia el objeto con una previsión del mismo, y el noble embargo y enajenación del ánimo sería totalmente imposible. Esa admiración impuesta sería una extrañeza para los forzados á ella, y, por lo tanto, malsana contra natura.

No ha de admirarnos la tolerancia ajena; si tal nos admirase seríamos por ese hecho intolerantes. No concebiríamos esa conducta al sorprendernos de ella. Bien está que contemos y refiramos nuestras admiraciones; pero no forcemos nadie hacia ellas; sobre ser injusto y poco tolerante, es un hecho de contraeducación y contraenseñanza.

Las admiraciones por fuerza han creado todas las incom-

prensiones presentes sobre las grandes obras. Los discípulos van hacia los cuadros y hacia los monumentos como hacia los libros y las ideas, con el propósito de admirarse. Así, cuando alguien, sin pasión, sin advertencia ajena, no sigue la admiración impuesta, ese desligado aparece como un contraventor de lo establecido, y la mejor definición del genio en la época presente es una paradoja en la apariencia: un hombre que va contra el sentido común, contra el pensar corriente del mayor número.

Y esta aparente blasfemia es posible, y llega á serlo profunda y verdadera por la extrañeza malsana que se provoca en las gentes, queriéndolas por fuerza hacerlas admiradoras de lo admirable.

Una vana pretensión de nuestro imperativo de dominio, porque lo que es admirable es siempre bastante fuerte para sujetar al menos refrenable y más distraído de los hombres. Tropezamos, además, todos los días con lo grande antes de que nos digan que existe.

Un problema europeo.

La tolerancia es una frase, mejor dicho, una palabra que hemos restringido en su significación. No tiene más sentido que el sentido religioso. Tolerar es así, autorizar, permitir, aceptar la convivencia de un credo religioso opuesto al nuestro. Esta acepción de la palabra es incomprensible para los que no son europeos, para los que tienen un concepto más elevado y más grande del ideal y la práctica religiosa.

Un filósofo nuestro, Jaime Balmes, observaba ya que nadie dice que la verdad se tolera. Con esto daba á entender que la tolerancia es algo así como una debilidad de nuestra integridad moral. El concepto de tolerancia aparece restringido bajo la pluma de este filósofo, y cuéntese que no ha sido el buen sacerdote de Vich un intransigente y un intolerante, todo lo contrario; pero á pesar suyo, en esa indicación se ve todo el europeismo de nuestro concepto limitado de tolerancia: un consentimiento que otorgamos á las ideas religiosas que no profesamos. Indudablemente no es muy poco. Tolerar *(tollere)* es llevar, pero no dejar ir, es llevar y guiar á quien no va con nosotros, pero que puede ir á lo lejos, después, con nosotros mismos. La tolerancia no es una condescendencia de buena educación para las ideas y los sentimientos, es el método del

corazón para dirigir á los espíritus. La tolerancia es una afirmación del optimismo que debemos suponer en la finalidad de los hombres y de las cosas. Es el reconocimiento del karma de los demás; por eso cuando no se mira desde este aspecto, puramente oriental, de la verdadera ciencia oculta, de la doctrina secreta, no se practica la verdadera tolerancia; se circunscribe, se limita el concepto y surgen esos problemas imposibles de la vieja Europa: la tolerancia religiosa. ¿Y qué es eso? Es algo sólo para los religiosos. ¿Pero es que los que no aparecen como religiosos no tienen fe, religión, piedad.....? ¿Qué es lo que no es religioso, profundamente religioso en la existencia?

ARIMÍ

LA CIENCIA DE MAÑANA
Y EL MISTICISMO MEDIOEVAL

(CONCLUSIÓN)

Yendo aún más allá en mi especulación — llamémosla así —, lo que hay en ese colosal secreto, en ese misterio de los misterios, conservado en los oráculos de Zoroastro, murmurado por los labios y escuchado en las iniciaciones de Egipto, ¿se ha perdido por ventura? Más bien ha sido vivamente conservado de siglo en siglo por una serie de adeptos iniciados. Ni un eslabón de esa cadena se ha roto desde el primer sacerdote que alimentó en su pecho el fuego etéreo hasta estos mismos instantes que están transcurriendo entre nosotros.

Pasa por esos eslabones, el último de los cuales lo constituyen los gnósticos—, pasa como una influencia y un agregado manteniendo vivamente la sabiduría antigua; así sorprende al investigador el que hayan sido en los tiempos pasados, y en el presente desarrollo científico—que es muy grande—, los cándidos poseedores de los misterios (así parecen de pronto), los vencedores en la lucha cristiano-latina, los que han desplegado la bandera de la gnosis contra los bárbaros del Norte. Pero la gnosis no puede rechazarse, está en lo más íntimo de la con-

ciencia humana, habría que destruir la conciencia. Forma una parte integrante de ella, es originariamente de la misma naturaleza, como su propia alma que es. Es el pristino, el conocimiento primordial, el don celeste milagrosamente otorgado, posesión y herencia inalienable. Como el fuego inextinguible hallado ardiendo aún en la lámpara de una antigua cripta al cabo de mil años, lo mismo que el día en que se encendió, lleno de vida, hallámosle esporádicamente reapareciendo con persistencia, bajo diferentes formas, en diversos lugares y períodos, sin que haya un instrumento humano bastante capaz para contenerlo. Este conocimiento, la gnosis, iluminó con su esplendorosa llama á la misma iglesia latina. Así, en los protoperseguidores de los misterios paganos encuentra albergue y amparo, ocultando en sus senos la antigua sabiduría, como se refleja en Dionisio el Areopagita y en San Clemente de Alejandría. Si en un tiempo la Iglesia, suspicaz y enojada, hizo una guerra terrible para ahogar y aplastar el extraño fenómeno, luego, llena de consideración por la pureza, la nobleza y santidad de la vida de los iniciados, los llegó á beatificar, á santificarlos, poniéndolos en los altares de sus templos.

Aquí y allí hay un benéfico rayo de luz que relampaguea por un instante, dispersando la profunda oscuridad de la Edad Media, en cuyo centro resplandece el nombre de San Bernardo y de algunos otros santos preeminentes. Ellos son los que llenan con su mística llama, que luce en la inmensidad del Oriente, una multitud de claustros de profesos y profesas, muchos de ellos príncipes y nobles, porque los preeminentes poderes de la sangre y de la riqueza de la edad cautivábanse inevitablemente por la doctrina misteriosa.

Simultáneamente, lejos del radio de los muros del convento, echa también raíces profundas y teje toda una especulación filosófica digna de este nombre. Obtiene un florecimiento bajo los califas en España con nombres reverenciados de todos los estudiantes del pensamiento. Transmitida por los doctores hispano-arábigos Avempace, Abicebrán, Avicena, Tofail, á los alquimistas, filósofos herméticos y físicos de una edad posterior, llega á ser la piedra filosofal el arte divino de la transmutación de los metales en oro. Tal fué la llave mística con que ellos abrían los secretos abismos de la Naturaleza. De la misma manera, en las más remotas regiones de Occidente, el gigantesco

misterio, que se generaba en los más recónditos sagrarios budhistas y en las tumbas egipcias, eclipsaba y lograba un primer puesto por sí mismo sobre todo lo más digno y mejos en el desenvolvimiento espiritual é intelectual.

Pero más adelante veremos dos significativas circunstancias que contribuyeron á la conservación de ese conocimiento, dos condiciones de las que hubo de depender.

Como los hierofantes y los sabios de la antigüedad ocultaban y apartaban de los ojos de la ignorante multitud los secretos de sus templos bajo la imposición de un ritual exotérico, los últimos adeptos del Occidente observaron el mismo sistema del secreto. Los símbolos mágicos, la ininteligible y bárbara jerga de los alquimistas y de los físicos eran comprensibles únicamente para la fraternidad. Durante algún tiempo, entre los místicos, su completa é invencible repugnancia por mantener el secreto, que les había sido revelado ó descubierto por ellos mismos en el recogimiento y tranquilidad del claustro, les hizo guardar una inviolable circunspección ó un empleo general de los términos, y aunque yo, ingenuamente, tenga un extenso conocimiento de un gran número de autores místicos, he estado muchos años completamente ignorante de su verdadera importancia, llegando á ver eso como exuberantes expresiones de cansancio y febriles emociones. Añádase á esto una casi entera relegación del dogma á un lugar secundario, como de ínfima importancia con relación á lo que les había sido mostrado á ellos por medio de algún secreto, de una inexplicable experiencia que para los mismos era como excepcional, individual y personalísima. Así, evidentemente, su circunspección se debía más á semejante motivo que al temor de contender con los dogmas de la Iglesia. De todos modos no importa por qué medios adquirieron su conocimiento, si por una instrucción oral ó por un descubrimiento personal, sean Zoroastro, Hermes Trismegisto, Paracelso ó San Juan de la Cruz, los que instintiva y cuidadosamente le preservaron de la luz del día. Precisamente todas las grandes, vitales é imperecederas verdades han sido sospechosas á la multitud por el verdadero secreto de que iban rodeadas; desde el instante en que Sócrates bebió la cicuta, los mártires han sido innúmeros, y esos mártires, heraldos del pensamiento, los exploradores intuitivos de profundos y gloriosos descubrimientos—Galileo, Giordano Bruno, Campanella, los Templa-

rios—; tales son los nombres que brillan en ese largo y significativo catálogo.

Ahora debo llamar vuestra atención acerca de las dos particularidades mencionadas: primera, la identidad de la enseñanza suministrada en todas las edades, que precedía á toda iniciación, á pesar de las diversidades de dogmas, ritos y creencias; y segunda, la identidad de los resultados que invariablemente ha seguido á tal iniciación, que en el caso de las antiguas creencias y de sus adeptos se conocen como las prácticas teúrgicas ó las operaciones mágicas ejecutadas por agentes superhumanos é invisibles, y en el de los místicos ó adeptos de los claustros de Occidente como milagrosa, es decir, la suspensión de todas las leyes físicas conocidas, lo que entre las filósofos herméticos se considera como taumaturgia ó arte de hacer maravillas.

Yo sostengo también que ningún pensador serio, desprovisto de prejuicios, puede negarse á admitir la posibilidad de semejantes poderes, y la realidad de las operaciones que mencionan aquéllos no pueden así, por un momento, dudar de su existencia sin rechazar el consenso común de toda la antigüedad y el abrumador testimonio del claustro cristiano, hallándose entonces dentro del siguiente dilema: ó diputar esas obras como mixtificaciones é imposturas, ó creer á sus autores histéricos, víctimas de una autoalucinación de candidez.

Si se les condena como embusteros, habrá que poner en ese catálogo nombres como éstos: el Cristo, sobre quien elevan su fe, Pitágoras, Platón, Plutarco, Plotino, Porfirio, Proclo y Jámblico. Las más nobles y más grandes inteligencias que han glorificado al mundo; todos los más grandes santos de la antigüedad y una multitud de relevantes testimonios del más elevado carácter y de la más pura aspiración, incluso los dos mayores de entonces—Santa Teresa y San Juan de la Cruz—, cuya veracidad absoluta para mí que he hecho el más detallado y escrupuloso análisis de sus vidas y sus obras, que han sido el objeto preferente de mi estudio, es cosa que miro como propia. A quien prefiera tal hipótesis, por desdeñosa y ridícula que sea, yo le pido que bajo su pluma suscriba como víctimas, no ya á las más sublimes y elevadas inteligencias de la antigüedad, que se elevaban sobre el desenvolvimiento mental de su edad y de las sucesivas, sino también al santo y pensador de las escuelas, á Santo Tomás de Aquino, especulador agudo, hábil dialéctico,

inteligencia que rigió y dirigió las líneas del pensamiento de su época y de las épocas subsiguientes.

Pero es imposible tomar semejantes posiciones, á menos de estar poco familiarizado con la vida y los escritos de esos hombres.

Ahora bien; los métodos empleados por las antiguas creencias, como la indispensable iniciación preliminar, no diferían de los seguidos por los monjes y las monjas de la Edad Media, salvo que los primeros hacíanlo conscientemente para llegar á un resultado, y los segundos de un modo inconsciente, como una regla disciplinaria de la vida religiosa, sin prever que producían un estímulo súbito y una emoción en ciertos centros psicológicos. En los dos casos, dentro de un examen severo, se excluían y apartaban de todo contacto con el mundo, observando la castidad, el ayuno, rezando constantemente, llevando una vida de regular monotonía interna y externamente. Semejante personal, individual é íntima disciplina fué en contraposición con la mera conformidad pasiva hacia las reglas de la vida religiosa, fué una vida que insensiblemente llevaba á la generación de una actitud contemplativa, de indiferencia y de apatía por las cosas exteriores, propia para desenvolver los gérmenes de la futura santidad. Así, nada más natural que el verdadero asceta gastase sus energías físicas por el ayuno y la vigilia, que cansase su cerebro, sumiéndole por los largos é interminables rezos en la somnolencia, produciendo, en suma, semejante estado de laxitud un ensueño semiconsciente y una violenta exaltación espiritual, ó una convulsión que rompía contra la naturaleza, ó que rompiendo el velo tendido entre ellos y el mundo invisible colocaba al novicio en el rango de los adeptos.

En esa semiconsciencia recibía él la clave; pero esa semiconsciencia no era, durante mucho tiempo, una condición necesaria, pues repentina y maravillosamente se sentía capaz, por la concentración de su propia voluntad, para franquear las misteriosas puertas, siempre que quisiera, y arrancar de la Santa Morada sus secretos de inefable sabiduría. El primer paso era la más próxima y espontánea evolución, ó el desenvolvimiento de repentinos é inesparados poderes, tan milagrosos en su origen como en sus efectos.

Ahora podemos aplicar todo lo dicho á Santa Teresa.

Los maravillosos símiles que ella emplea en sus esfuerzos

para explicar sus experiencias anormales sobre un plano objetivo son extremadamente extraños, extraños en cuanto implican la existencia de dos fuerzas ó de dos distintos aspectos de una misma fuerza, que al mismo tiempo es activa y positiva, pasiva y negativa, actuante y contractuante sobre su recíproca. Una, una fuerza exterior que se apodera de ellas, y contra la que no puede resistirse; y otra, bajo una segunda forma que la hace obrar, residiendo en su propio interior como un instrumento.

¿Estamos, pues, muy lejos del camino de las elecciones pasiva y negativa del físico moderno, que comunicadas en estado de violenta moción producen esterilidad por su movimiento centrífugo y fuerza eléctrica?

Una vez ella es arrebatada y elevada al cielo sobre una nube, «semejante á las nubes de vapor que arroja la tierra», otra, «ella es cogida de pronto y transportada, y no le parece sino que la lleva un águila de poderosas alas».

«No somos—dice—más capaces de detener nuestros cuerpos que nuestras almas; no somos dueños de ellas, y así debemos, pensando contra nuestra voluntad, reconocer que hay un superior y que esos favores vienen de Él. Yo confieso, además, que nació en mí un gran espanto, que al principio fué muy grande, al ver que toda la masa de un cuerpo pudiera levantarse sobre el suelo. Hace también eso aparecer una majestad tan grande en Él que horroriza. No creo que nadie pueda creerlo ó comprenderlo siquiera como no sea el que lo haya sentido.»

En otras ocasiones es el mismo espíritu el que se transporta. «El alma no está en sí misma, sino sobre la cumbre ó la cima de la más elevada y suprema parte de sí y de todas las cosas creadas.»

En esos raptos y transportes del espíritu al cielo ella conoce algunos secretos de la Santa Morada. Se ve á sí misma como en el día del juicio final. Oye palabras de advertencia, avisos ó consuelos distintamente pronunciados que se inspiran en el alma, llenándola de miedo por la majestad, el poder y la verdad que llevan. Las voces interiores la informan de los peligros que la amenazan á ella y á los demás, de cosas que á veces no ocurren hasta tres ó cuatro años más tarde, pero que invariablemente acaecen.

Combate con los diablos, no creaciones imaginarias, sino ob-

jetivas y visibles entidades como sombras transparentes. Manos invisibles tratan de ahogarla, y ella es testigo de un combate entre los diablos y los ángeles. Una apiñada multitud de demonios le rodea, pero no pueden romper el brillante círculo de luz que la circunda. Su celda queda impregnada de azufre. Pero el adepto de Dios es valiente. «Yo tengo—dice ella—dominio sobre ellos; que me ha sido dado por el Señor de todas las criaturas; así es que no hago más cuenta de ellos que de sus mentiras.» Si Belzebuth y sus elementales combaten para la posesión de la evolución del alma, las huestes angélicas están con ella, no sólo perceptibles para la visión intelectual, sino objetivamente, de un modo corporal. Si no le revelasen su nombre y sus varias jerarquías, serían absolutamente indescriptibles, como indistinguibles son para otro. El libro en que ella lo enseña muestra esta verdad perfectamente. Las cosas que interiormente contempla la dominan con delicia. Los placeres mundanos, en su infinita variedad, no son sino miseria y nada—algo menos, lo peor para el místico tesoro,—comparado con la inefable felicidad que se bebe en el río preparado por quien busca, aunque sólo le toque una gota.

Si preguntamos por qué medio percibe ella semejantes cosas, nos contesta: «Por una cierta luz que informa é ilumina la inteligencia, una luz de extrema belleza, claridad y transparencia, que trasciende á la imaginación y que produce un gran placer á la vista. Una luz que no difiere de la del sol. Que es semejante á la pureza del agua que corre sobre el cristal, al sol que se refleja sobre un espejo y que ningún arte puede producir, que la vemos sin que queramos verla, aun con los ojos cerrados; que no recuerda ni trae pensamiento de algo parecido. Así ocurren estos casos, súbita é instantáneamente, y si queremos fijar nuestra vista en algún objeto particular, la luz instantáneamente desaparece. Pero en toda verdadera visión—añade—no puede uno sino sentir más ó menos.»

Por lo que se refiere á las sensaciones físicas, á las que siguen las visiones, éxtasis y raptos, el alma abandona el cuerpo enteramente, ó parece que deja de animarlo; así le deja en una especie de aflicción y desmayo, en el que necesita del natural calor..... «Algunas veces me quedo casi por completo sin pulso..... se me alargan los huesos de los brazos, se me agarrotan las manos no pudiendo moverlas, y semejante dolor me dura

hasta el día siguiente en las coyunturas del cuerpo como si me hubieren zarandeado y descoyuntado los huesos..... semejantes trances me dejan tan ligero el cuerpo, que el peso del mismo huye hasta tal extremo que no siento el suelo bajo mis pies.»

¿Cuáles son, empero, los resultados de ese misterioso poder espiritual de que nuestra santa estaba completamente llena y saturada?

Ella poseía el don de la cura magnética. Virtud desarrollada por medio del tacto. Predecía con alguna precisión lo futuro y adivinaba con infalible exactitud los sucesos que estaban por llegar. Bajo tales influencias sentíase omnipotente y omnis ciente, domaba y dominaba las naturalezas más diversas, y los hombres y las mujeres de su época se calmaban bajo su encanto. Una vez muerta, se apareció constantemente y consoló en su agonía á sus hijos é hijas espirituales; fué vista simultáneamente por varios y en diferentes lugares, hablando y administrando á los que había tratado, en un brevísimo espacio, con su cuerpo y su palabra.

Su influencia alienta todavía en España, y en sus conventos hoy día existe un asiento vacío en cada refertorio para la sombra del huésped, y el profeta, sin duda invisible y benéfico, está presente en la atmósfera; preside aún la frugal y austera mesa de los monjes y las monjas del siglo presente.

Volvamos á nuestro éter. ¿Qué es? ¿El Akasa de la India, el Agni del Rig Veda Sanbuta, la fuerza cuyos poderes y efectos se personifican en las antiguas cosmogonías, es el éter de la ciencia?

Este éter, cuyo redescubrimiento se ensalza ahora, es quizá únicamente un pariente, una forma de aquél, de esa vital fuerza primordial, ó un vehículo de ella. Es la indiferenciada materia cósmica que en su evolución da origen á la radioactiva chispa de la vida, y que nunca podrá redescubrirse hasta que no se cambien los presentes métodos. Pero esta fuerza ó materia de la substancia y esencia del divino sol metafísico, del que nuestro sol se nutre, es sólo un símbolo. Esta omnipotente, universal y tremenda fuerza, ú origen de la fuerza y de la materia, es el principio de vida del sol, de las estrellas y los planetas, del hombre y de los animales, como de toda la creación. Llena los espacios interestelares; la piedra, la flor, el hombre, están saturados y penetrados de ella. Se encuentra en todas par-

tes y no hay un átomo de lo creado que esté desprovisto de vida, de una entidad espiritual. Es la energía que irradia como las frondas; es el poder que florece como el musgo en lo profundo de las cavernas. Edifica todas las células. Es el invisible y poderoso arquitecto que construye esas incomparables figuras de perfección geométrica, exquisitas, que nos revela el microscopio. Encuéntrase en cada átomo del pedernal que recogemos de la montaña, en el que no nos detenemos á ver la misteriosa fuente y la naturaleza de la chispa que conseguimos.

En una forma de esa fuerza, el disolvente universal que decía Paracelso, que penetra y satura todas las cosas—la luz astral—, en ese libro, como lo llama Santa Teresa, legó las divinas verdades, remontándose sobre la humanidad, sumergiéndose en el pasado y lo futuro y alcanzando prácticamente la omnipotencia y la omnisciencia. En ese mismo libro, cuyas hojas están siempre abiertas, hallaron los más íntimos secretos de la naturaleza aquellos grandes sacerdotes y filósofos de la antigüedad, que habiendo conseguido un sublime estado de espiritualización, pudieron leer ese conocimiento que desdeñan y menosprecian los modernos hombres de ciencia. En la luz astral se registran todas las escenas, todas las palabras, todos los hechos que han pasado, lo que se ha dicho y lo que se piensa en este vasto universo. Ahora se están registrando, para lo futuro, las palabras que yo pronuncio, los pensamientos que fluyen en mí cuando hablo y mis propias maneras.

Los filósofos de la sabiduría mantenían y mantienen que es posible comunicarse con el alma del mundo—el arqueo—por una facultad que en las primeras edades de la raza estuvo más desarrollada que hoy—aunque esté dormida y latente en la mayoría—, y que es un patrimonio inalienable de la inteligencia humana.

Esta facultad capacita, á los que han recibido la clave, para retratar, como si fuera en un espejo, el proceso de la creación del cosmos. Sostiénese así que la mónada encadenada con ella, reflejando un parentesco, mantiene intactas las fotografías de esas creaciones y hasta el proceso operativo, pudiendo, bajo ciertas condiciones fisiológicas, producirla de nuevo. El hombre está colocado en contacto inmediato, absoluto y concreto de ese conocimiento; el reino del error y de la hipótesis concluye y llega, como no puede menos de llegar, á ser el dominador

de las leyes de la naturaleza más oculta y de las fuerzas más escondidas. Tiene ésta ciencia, este conocimiento, muchas propiedades y poderes como el Akasa, es decir, el éter (por el que el finito intelecto puede todo), así pudieron los sabios de la antigüedad calmar las tempestades, producir el rayo y el trueno, detener la lluvia y hacer otras maravillas que se les atribuye. Me explicaré. No es de una fuerza ciega de lo que hablo, sino de una prepotente y tremenda fuerza por la voluntad y la inteligencia, una emanación objetiva de la divinidad, un medio por el que el pensamiento divino se transmite y se vierte en las cosas, un medio que es como el reservario de las imágenes espirituales de todos los pensamientos y las formas humanas.

Todas esas propiedades del medio etéreo—por lo que se refiere á lo que saben los hombres de ciencia—, Röetgen, los rayos X, Bequerel, los rayos N, las chispas radioactivas, todas significan que la ciencia ha de abandonar sus viejas posiciones, considerando sólo las fuerzas superficiales del plano físico—perfectamente fáciles de seguir—, pues nada hay tan supernatural en la naturaleza como esos confines de lo visible y lo invisible, donde aquéllas permanecen confundidas é impotentes. Ha llegado á un punto en el que debe concordarse con la metafísica trascendental ó perecer; en el que debe confesar humildemente su debilidad para seguir por los vastos dominios espirituales de abrumadora inmensidad; en el que debe volver la mirada á la llave que abre la puerta del sagrado universal de los sabios, los santos y los alquimistas del pasado, ó abandonarla para siempre.

M. Chairman decía cuando yo leía á algunas personas estas líneas casi en borrador. Admitido que hay un secreto; ¿pero para qué sirve eso? ¿Qué han hecho esos santos y esos sabios con ese secreto para el bien de la humanidad? ¿Han mantenido la miseria, ó han mitigado el dolor del mundo?

No han mostrado que no hay un conflicto entre la materia y el espíritu, que no están divorciados. Ambos son igualmente divinos. Lo divino compenetra á la materia y la materia compenetra á lo divino. Eso establece la solidaridad del espíritu. Prueba, lejos de toda refutación posible, que todos somos miembros de una humana y divina fraternidad, y que el dolor es necesario para realizar el trascendental parentesco entre nosotros, nuestra efímera y temporal existencia.

Es imposible que estos ataques concluyan, pues el dolor es el que los produce. Para ellos sería lo mejor ponerles una piedra al cuello y arrojarles al mar así que ofendiesen en lo más mínimo.

Gabriela CUNNINGHAME GRAHAM.

LOS DOS IDEALES

Ante el tétrico panorama de la existencia objetiva, el espíritu pusilánime se amedrenta por modo inconcebible; se siente derrotado, y renuncia á la esperanza de salvación escondido entre las gasas del letargo inconsciente; y así espera la muerte, como fin necesario de una vida ilusoria. Pero el esforzado batalla sin cesar, aun reconociendo la mezquindad de su potencia. Piensa en la substancia cósmica primitiva, en cuyo ambiente centelleaba el brillo material de la inconsciencia, y la ve convertida, por la magia de la evolución orgánica, en el humano cerebro en cuya masa brilla el destello inmaterial del entendimiento; reflexiona sobre el pasado y vaticina el porvenir, y se pone frente á frente de la Naturaleza, dispuesto ó continuar la lucha que ha de conducirle á la victoria suprema. Y entonces alumbra el horizonte de su vida la luz vivísima de dos focos refulgentes, en los cuales palpita la esencia de dos distintos ideales.

El plano en que relucen no es el mismo. En las capas inferiores de la atmósfera fulgura el primero, y su color es intensamente rojo; en las regiones de lo supra-sensible vibra el segundo, y su luz es violada.

El faro rojo ilumina nuestra actividad en el reino de lo posible; guía nuestros pasos por el intrincado bosque del mundo; alumbra el proceso de nuestras investigaciones y descubrimientos científicos, y engendra, con sus radiaciones, el germen de las leyes que han de gobernar nuestra vida de relación en el seno de la hermandad social.

El violado proyecta sus destellos en la esfera de lo inasequible; en los espacios en donde se oculta la esencia del supra-ideal.

La antorcha de lo asequible no podrá nunca desvanecer el

destello de su celeste hermana, como nunca podrá la luna disipar la luz del sol. Su resplandor ofusca las retinas de los siervos de la Tierra, impidiéndoles la visión de la estrella inmaculada; pero el diamante brilla, y el alma anhelante lo percibe. El Ideal palpita en el firmamento, engarzado en las mallas del espacio infinito, como en la majestad de un plenilunio fulgura Sirio, el gigantesco sol del Universo, en el manto azulado de una serena noche de invierno. Desde su altura lo pequeño se borra, lo mezquino desaparece, y los conceptos basados en la relatividad pierden su consistencia.

En los valles del mundo los montes se nos ofrecen cual gigantescas masas de altura vertiginosa; las simas aparecen cual profundos abismos, lo insignificante se engrandece; mas si nos elevamos á las altas capas de la atmósfera, el coloso se transforma en enano, el precipicio en surco apenas vislumbrable y la corteza terrestre en una dilatada llanura matizada de infinitos tonos.

* * *

Así acontece cuando vagamos en alas de la fe por los espacios del Ideal. El alma se reconcentra en sí misma y expansiona su energía al calor de la única afirmación que ha podido sentar en su larga exploración por las regiones de la duda: la afirmación de su *yo*. Y en este reino se encierra y parapeta contra todas las ilusiones que la circundan, y una á una las destruye y aniquila, bajo el imperio de la crítica. El poder de la sociedad se desmorona ante los rayos de su conciencia, como el vano palacio construído sobre un témpano de hielo se derrumba ante los rayos del sol. La ficción se disipa, y las siluetas de los hombres van perdiendo poco á poco sus contornos para volver á su condición de espectros construídos por la imaginación.

El ejército de fantasmas vaga por el espacio pregonando su derrota, luchando por la vida al amparo de la luz mortecina de un recuerdo. Pero lo que fué no volverá ya á ser; la Ilusión no nacerá de nuevo en el seno de la Nada.

Las sombras se desvanecen; la hueste condenada busca, en el frío de la tumba, el reposo que ha de infiltrarle la energía precursora de su renacimiento; el manto hechizado de la funesta seductora recoge entre sus pliegues los restos del imperio mayábico; la ilusión se aniquila, y el alma humana, desligada del

mundo, flotando en la caótica negrura de aquella espantosa soledad, vuelve sus ojos hacia el Centro inmortal do se engendró la vida, y aspira el aura redentora que ha de encender en su conciencia la llama de la creación.

* * *

Pero la acción que la energía del hombre despliega en cada uno de los planos que hemos recorrido es esencialmente distinta. Los productos del espíritu son de uno ú otro grado, según la esfera en donde se elaboraron y, á menudo, aparentan ser contradictorios, aunque en el fondo se dirijan al mismo fin. Mas esta causa de error se desvanece desde el instante en que descubrimos el rayo de luz á cuyo influjo nacieron. Por esto decía yo que no puede haber contradicción alguna entre el ideal que encarna mi poema *Andrógino* y el espíritu que anima á la presente labor, porque se desarrollan en una atmósfera completamente distinta, y no es posible entablar entre ellos ningún punto de relación.

El néctar que se bebe en las regiones supra-ideales no es el vino terrestre; no hay racimo en el mundo con que podamos destilarlo. Por eso el espíritu anhelante volará siempre más allá de los espacios explorados, en busca de lo maravilloso.

Nunca podrá la Ciencia apagar de un modo absoluto la sed de los séres ansiosos de perfección, como nunca podrá el faro mundano obscurecer los destellos de la celeste antorcha. Pero en otra esfera ejercerá su fecundante influjo. En los espacios de lo asequible podrá acercarnos cada vez más al punto de atracción, haciéndonos más vigorosos é inteligentes. A medida que la Ciencia progresa, progresamos nosotros, con su calor vivimos, y cada uno de sus descubrimientos determina un nuevo avance en nuestra trayectoria. Cuanto más perfecto sea el hombre, mayor será la energía de que disponga para alcanzar la finalidad suprema. El esfuerzo que desplegamos en el plano terrestre es penoso y extenuante, mas no infecundo; recogeremos sus frutos en la senda que conduce al espacio supra-ideal.

Pero la voluntad no puede desarrollarse sino en el aura de la acción. La inercia esteriliza: en su seno se adormecen las iniciativas. En la acción está nuestra fuerza salvadora; ejerzámosla sin miedo, sea cual fuere el obstáculo que se nos oponga.

No tema nunca el hombre las trabas con que el mundo pretende entorpecer la libre evolución de su energía. Pídale á su deseo la potencia que le niega su voluntad, y rompa de una vez con valentía los hierros que le esclavizan; álcese de su tumba y emancípese para siempre de los vapores que impregnan la atmósfera de este horrendo cementerio que llamamos Sociedad. En su conciencia vibra la voz del ángel que le llama á la resurrección. Óigala y redímase. Allá se quede el muerto con sus muertos, mientras el vivo vuela por los espacios de la inmortalidad.

*
* *

Las tinieblas imperan todavía en nuestro ambiente; la noche es lúgubre, y el Ideal no se vislumbra. Pero en Oriente asoman los violados tonos del crepúsculo precursor del nuevo día. En breve triunfará el Espíritu.

Yo veo al hombre libertándose de la opresión del mundo externo en un día glorioso, oculto en este instante en el misterio del porvenir; penetrando la esencia de la realidad, é imponiendo sus leyes al fantasma de la ficción; libre dentro de sí mismo, libre en el seno de la sociedad, libre en la inmensidad del éter; batallando contra los símbolos que tejen y destejen eternamente la labor de la materia y los productos del humano cerebro; reflejando en sí mismo la energía de la Humanidad y difundiendo en la Humanidad el fuego de su potencia; superior al tiempo y al espacio; grande como el Cosmos y pequeño como el punto matemático, redimido de la Ilusión y dueño de la Verdad; devolviendo al Universo la conciencia que perdiera en la noche del Caos; terminando gloriosamente aquel proceso que comenzó en la nebulosa y ha de finalizar en la mente del sér perfecto.

Veo á los pueblos del porvenir creciendo y desarrollándose bajo el manto protector de la Justicia, en cuyos pliegues se desvanecen las categorías y se borran las desigualdades; mirando á la perfección, creyendo en el trabajo, confiando en la Ciencia; despojados del convencionalismo y de la tradición; honrando á las víctimas de la tiranía y aclamando á los héroes del progreso; expansionando su energía dentro de una organización libérrima; rompiendo las cadenas del despotismo para respirar el oxígeno de la emancipación; viviendo en el seno de una ciudad bendita, bajo un cielo sin nubes en donde brille la inmaculada

luz del sol; sometiendo sus leyes al principio de la libertad, germen potente de la vida: gobernando sus actos por la ley de la sinceridad, fuente inmortal de la pureza; consagrando su existencia al fuego de la acción, madre fecunda de todo cuanto existe; derrocando los mitos y glorificando las verdades, luchando heroicamente para alcanzar el laurel de la victoria, con cuyas ramas coronará la Humanidad futura las tumbas de los mártires y las frentes de los redentores.

José ANTICH

LA GRAN PIRAMIDE

(CONTINUACIÓN)

V.—LA CONSTRUCCIÓN

Me propongo ahora averiguar lo que se ha escrito por los diversos autores de la antigüedad y de los tiempos modernos acerca del modo de construir las pirámides. Mucho me habría gustado que un teósofo, arquitecto, hubiese cogido este tema para sus consideraciones; pero como no se ha cumplido éste mi deseo, que espero se cumplirá más adelante, me limitaré á enumerar, tan completamente como pueda, las diferentes narraciones de los autores que han tratado de este asunto.

Herodoto escribe en primer lugar: «Cheos mandó cerrar desde luego los templos y prohibió toda clase de sacrificios. Condenó después á todos los egipcios, sin excepción alguna, á la ejecución de las obras públicas. Una parte de ellos fué obligada á cortar las piedras de las canteras y á llevarlas hasta el Nilo; otra á recibirlas por el río en balsas, transportándolas á la montaña, al lado Líbico. Cien mil hombres, que se sustituían cada tres meses, estuvieron constantemente empleados en las obras, y diez años, en los que el pueblo fué sobrecargado con nuevos trabajos, bastaron tan sólo para hacer una vía por donde transportar las piedras, obra en verdad no menos sorprendente que la construcción de una de las pirámides» (1).

(1) Herodoto. Lib. II, cap. 124.

El autor nos describe en seguida la magnificencia de esta vía, y nos indica á la vez cómo hubieron de hacerse algunos subterráneos en la roca sobre que se hallan las pirámides y que fueron designados para recibir las momias de los reyes. Traza, pues, su itinerario en Egipto, y en esta parte nos describe cómo fué edificada la Gran Pirámide. Pero antes de señalar el texto, notaremos que dice, refiriéndose á este propósito: «Está (la Gran Pirámide) enteramente cubierta de piedras pulimentadas, unidas con sumo esmero, y de las cuales no hay una sola menor de treinta pies.»

«Según la manera de trabajar que se seguía en la construcción de las pirámides, sus lados mostraban primeramente una especie de escalera á la manera de un anfiteatro. Cuando estaban labrados y era preciso cubrirlos se usó, para alzar consecutivamente las piedras que debían servir para el efecto, una suerte de instrumentos de madera de pequeña dimensión. Uno de esos instrumentos llevaba la piedra del suelo al primer escalón, y cuando llegaba allí, otro instrumento la transportaba al siguiente y así hasta arriba. Si había tantos instrumentos como escalones, ó si uno sólo, fácilmente transportable, servía para la elevación de las piedras, como alguien me ha dicho, no puedo precisarlo. En este caso empezaría el tapado por la parte superior y se proseguiría hasta el suelo.» (1)

Herodoto, después nos manifiesta que sobre uno de los lados de la pirámide se indicaba el sueldo de los obreros, y de eso deduce la duración de la obra que, según él, «debió haber durado mucho tiempo». En todo caso, mis lectores pueden deducir de eso que no fueron sabidos por Herodoto, y nadie ha llegado á saberlo nunca. Solamente se ha dado demasiado crédito á lo que decía *bien,* y con frecuencia ha sido aceptado en escritos posteriores su relato de la construcción como el verdadero, abismándose en lo que podrían ser esos «instrumentos de madera». Así, cada escritor ha inventado otro instrumento, ó ha sostenido que la descripción dada por otro no vale nada. Están todos, sin embargo, conformes en que debía ser ese instrumento una especie de palanca; pero todos difieren en imaginar su funcionamiento, conviniendo en que debía tener un punto de apoyo. Ahora bien; al afirmar resueltamente que trabajaron con palan-

(1) Idem. Lib. II, cap. 125.

cas, recordamos á Arquímedes, que únicamente pedía un punto de apoyo para mover el mundo con la suya.

Hemos de acordar que si la teoría de las palancas ha de mirarse como la verdadera por lo que respecta á la elevación de las piedras exteriores, debe faltar en la descripción de Herodoto algo que nos dé mejor idea. ¿Lo haría de propósito? Si Herodoto hubiera dicho que había oído hablar también de la neutralización de la gravedad, temo que tampoco hubieran podido acordar con su conciencia los demás, y dejo de hacerlo por eso, aunque su descripción no haya llegado á ser más clara para la posteridad. Al menos para alzar piedras de quince toneladas con una palanca en un espacio limitado.....

Temo que nuestros autores futuros no lleguen á una conclusión mejor respecto á la descripción, y así pasa; la mayor parte se refieren á Herodoto, ó hablan en términos generales de lo que oyeron por tradición. Veamos ahora lo que dice Diodoro, aunque su descripción sea mucho más vaga que la de Herodoto:

«La base de la mayor (pirámide) es un cuadrilátero de 700 pies de lado. Su altura es de 600 y pico. Los lados disminuyen hacia arriba, siendo de seis varas solamente en la cima. Está enteramente construída de piedras de muy difícil trabajo, siendo por eso su solidez perdurable; así aunque haga más de mil años, según se dice, que la pirámide fué erigida, y aunque otros afirman haga más de tres mil cuatrocientos, se ha conservado hasta el presente sin malpararse en un solo punto. Trajeron las piedras del interior de la Arabia, y como no sabían construir tablados, se dice que se sirvieron de rampas para elevarlas. Pero lo que es más incomprensible es que no se puede observar nada sobre la tracción, el corte de las piedras y las rampas de que hemos hablado. Así parece como si los dioses, sin el auxilio de la mano humana, que siempre es tarda, hubiese colocado esos monumentos en medio de la arena (1).

»Algunos egipcios traen para este fin una explicación que es igualmente fabulosa y más extraña que la anterior. Dicen que esas rampas se hacían de una materia compuesta de sal y de salitre, y que el río, traspasando sus orillas, las formaba, haciéndolas desaparecer más tarde sin ayuda de los obreros. Esto no puede ser cierto, y es más sensato decir que las mismas

(1) Se hubiera ido así muy lejos. VAN GINKEL.

manos ocupadas en traer esa tierra fueron las empleadas en llevarla para poner la superficie en la misma condición anterior; además, porque se dice que se emplearon en esta obra 360.000 obreros» (1).

Diodoro es el primero que habla de *milagros del mundo* con respecto á las pirámides. ¡Pero cuán poco nos dice! Algunos, «he oído decir» cosas muy vagas y muy poco acordes con las de Herodoto, salvo la duración de la construcción, los gastos y la regencia del rey. Sobre la época de la construcción, duda, dice: «hace mil ó tres mil cuatrocientos años»; y también nos deja en la incertidumbre cuando refiere la fábula de Rhodope, como Herodoto y Strabon.

Strabon está muy bien en la descripción; pero respecto de la construcción no nos lleva más allá. Hace, empero, una observación digna de tenerse en cuenta respecto de la Gran Pirámide, á saber: «Tiene en uno de sus lados, á una altura moderada, una piedra que puede levantarse.» (2)

Lo mismo puede decirse de Plinio. Este dice: «La más grande de las pirámides procede de las canteras de Arabia; cuéntase que 360.000 hombres trabajaron en ella veinte años para erigirla.» Es más, se puede deducir de una ulterior observación que el revestimiento pulido existía aún exteriormente. Luego sigue á Diodoro en la manera de construir; pero Plinio es el único que habla de un «pozo» que debía existir bajo la Gran Pirámide. «Este pozo recibe el agua del río» *(flumen illo admissum arbitrantur)* á una profundidad de ochenta y seis varas. Ahora bien; ese pozo que podemos averiguar con las medidas dadas por Plinio, no es el pozo conocido. Plinio es también el primer autor que da medidas exactas en algún modo, y parece que las tomó de documentos por él conocidos; así es como lo cree al menos Mr. Jomard en su obra *Remarques et recherches sur les Pyramides d'Egypte*.

Los demás autores latinos no arrojan más luz sobre esta parte de nuestro asunto, y se limitan á dejar alguna expresión en sus breves é insuficientes relatos. Solino dice: «Como exaltan la medida de las sombras, no dan sombra.» Casiodoro repite esta misma frase, pero en forma prosaica. Arístides dice que

---

(1) DIODORO DE SICILIA, I, 63.

(2) STRABON, I, 17.

ha oído de los sacerdotes que las pirámides penetran en lo hondo de la tierra tanto como se remontan encima del suelo.

En los autores árabes encontramos también extensos relatos legendarios, apoyados en la tradición, que son de importancia para un examen histórico, pero que no nos facilitan comunicaciones importantes acerca de la moda de las pirámides. Los relatos más conocidos son los de Ibu Abd-El-Hokm, El Koday, Ibraim ben Onessif y Abd-El-Latif. En sus descripciones se limitan á mencionar el nombre del constructor, llamado Sauvid, á referir la razón por qué fueron erigidos, á saber: la custodia de todos los tesoros, conocimientos y bienes terrestres, amparados así de las inundaciones futuras; á describir su aspecto, etcétera. Vemos, pues, que, como los otros autores, no nos participan nada que pueda ayudarnos á comprender la manera cómo fueron levantadas esas grandes masas de piedra con «pequeños instrumentos de madera».

Unicamente, pues, en tiempos más recientes, los autores se han abismado en consideraciones sobre estos monumentos. Los *savants* franceses han sentido gran admiración por la manera de que con medios mecánicos tan exiguos se haya edificado un monumento que hasta el presente no tiene igual. Por examen científico más atento comprendieron mejor las dificultades que hubieron de vencer los antiguos constructores que los indagadores del pasado, llena también de admiración por la manera con que se construyeron. Para comprender mejor esta admiración trataré primeramente de dar una idea de la altura enorme, del perímetro y de la masa de la Gran Pirámide, así como de las piedras que la componen. La longitud de cada lado era originalmente de 764 pies (1 pie=12 pulgadas; 1 pulgada=25,4 milímetros). La altura perpendicular era algo más de 480 pies. La masa total se habría elevado entonces á unos 6.840.000 toneladas (1 tonelada=1.000 kilos). Esto da una idea á los que manejan medidas, ó están familiarizados con ellas; para mis lectores, en otro caso, les ofreceré algunas comparaciones tomadas de la obra de Sir Rawlinson, *Egypt*. Su altura tiene seis pies más que la catedral de Strasburgo, treinta que la de San Pedro de Roma y ciento veinte que la de San Pablo de Londres. La superficie de su base es cuatro veces mayor que la de una plaza ordinaria. Para formarnos una idea de su contenido podemos hacer lo siguiente: figurémonos una casa cuyas paredes tienen

un pie de anchura, que tiene veinte pies de larga y treinta de profundidad, y así un número de tabiques divisorios, con un volumen como la tercera parte de las paredes de la fachada. Semejante casa tendría cuatro mil pies cúbicos de albañilería. Pues bien; el contenido cúbico de la Gran Pirámide es bastante para construir veintidós casas como la dicha. Si toda su fábrica se pusiese en una línea de un pie de altura por otro de ancho, se podría ir sobre ella unas diez y siete mil millas, unos dos tercios del ecuador.

Se debe tener en cuenta también que las partes constituyentes no eran todas piedras pequeñas, aunque lo fueran en gran proporción; hay todavía—y principalmente es el caso del revestimiento—piedras que miden treinta pies de longitud, cinco de alto y cuatro ó cinco de anchura. Semejantes piedras pesan de 40.000 á 60.000 kilos. De la misma manera, algunas de las piedras interiores, como las que están encima del *Cuarto del Rey,* son de proporciones gigantescas. Rawlinson dice: «Generalmente, las piedras exteriores son de una longitud que los arquitectos modernos apenas se arriesgan á emplear.» (1)

Cuando se considera, además, que esa masa de piedras no está amontonada crudamente, sino que está unida de un modo maravilloso, de manera que antes de separarlas se rompen, entonces se puede comprender la admiración de aquellos investigadores que han declarado que semejante arquitectura no ha sido igualada hasta ahora. Este me parece en verdad el caso de muchas artes é industrias de la antigua civilización; pero esto me llevaría demasiado lejos de mi objeto, alabando las diversas artes é industrias de Egipto, que no pueden hallarse hoy en un nivel más elevado. Así constituirá un verdadero placer para el admirador del antiguo Egipto hojear lo que dice Mad. Blavatsky sobre el asunto en *Isis sin Velo,* refiriéndose á Kenvich.

«Las junturas apenas son perceptibles, no son más gruesas que una hoja de lata, y el cimiento es tan duradero que pedazos de las piedras que revisten quedan todavía en su primitivo puesto, no obstante el curso de los siglos y la fuerza con que fueron arrancadas. ¿Quién de nuestros arquitectos y físicos modernos descubrirá otra vez el cemento indestructible de los antiguos edificios de Egipto?» (2)

(1) Rawlinson. *Egypt,* pág. 76.
(2) H. P. Blavatsky. *Isis sin Velo,* I, pág. 518, edición inglesa.

Algunos egiptólogos han expuesto la idea de que las piedras en cuestión fuesen trabajadas en el mismo lugar. Por medio de un instrumento complicado el agua se elevaría á la altura exigida y en seguida se mezclaría con la arena, etc., para formar peñas de la dimensión y la masa necesarias.

Volviendo á la construcción, notaremos que los *savants* franceses no hacen suya su opinión, sino que sencillamente la refieren á los autores antiguos. De los autores posteriores mencionaremos solamente á Sir Gardner Wilkinson, el conocido autor de *Manners and Customs of the Ancient Egiptians,* que, como el coronel Howad Vyse (1831-1837), es de opinión que el instrumento mencionado por Herodoto era un poliparto, instrumento frecuentemente usado por los romanos. Es un instrumento provisto de varios cordajes. Como prueba del uso de esos instrumentos, Vyse dice que «en las peñas de cualquier dimensión hay agujeros de ocho pulgadas de diámetro y de cuatro de profundidad, probablemente para apoyar los instrumentos que Herodoto menciona». Perring, en su obra *The Pyramid of Ghizeh,* es de opinión que se utilizaron tablados de madera. Con respecto al hilado exterior, Wilkinson observa que los ángulos sobresalientes de las piedras rectangulares amontonadas fueron cortadas de arriba á abajo, y de esa manera estaban pulidas las dos. Esta opinión la funda sobre una expresión de Herodoto.

El Dr. Lepsius ha suscitado, por su parte, con referencia á la construcción, una teoría que se menciona con frecuencia. Es como sigue: «Al principio del reinado fué vaciado el cuarto de roca, que estaba designado para tumba del rey, y se cubrió con una sola hilada de albañilería. Si el rey murió en el primer año de su reinado se cubrió la hilada y así se formó la pirámide; y si el rey no se murió, se puso una segunda hilada sobre ella y dos de la misma altura y espesor á cada lado; de esta manera el edificio tomó gradualmente la forma de una hilera de escalones regulares. Estos fueron cubiertos con piedras, los ángulos fueron rehenchidos y las piedras dispuestas como gradas. En seguida la pirámide, como nos ha dicho ya Herodoto, fué acabada de arriba á abajo, cortando todas las piedras sobresalientes, y así quedó un triángulo perfecto.»

Rawlinson no puede aceptar esta teoría, observando, con razón, que el pulimento de la parte exterior debió ser un trabajo de muchos años, y que cuando se murió un rey, es muy du-

doso que su sucesor se encargara de tal trabajo, y es más natural que comenzase su propia pirámide.

Hemos recogido las ideas de los principales autores sobre el asunto, y no nos daría más provecho recoger algunas más de otros que tampoco arrojan más luz sobre el particular.

Un bonito resumen de las diversas ideas acerca de «los pequeños instrumentos de madera», y una descripción de ellos con multitud de dibujos, encontramos en una obrita recomendable de J. M. Barker, titulada *The Mechanical Triumphs of the Ancient Egyptians*. Hallamos en ella también una circunstanciada consideración sobre la manera de trabajar, tal como está mencionada por Diodoro, á saber: el uso de los declives, método usado también en la India. Tales declives debían tener tres mil pies de longitud y ciento veinte de altura. La declinación sería, por tanto, un pie sobre veinticinco. Estas rampas de piedra, untadas con grasa, debían servir para arrastrar hacia arriba á las piedras más pesadas. Algunos arqueólogos sostienen que parte de esos declives pudieron encontrarse á comienzos del siglo XVIII. La piedra más pesada de la pirámide, unos 60.000 kilos, necesitó unos trescientos hombres para que la arrastrasen. El camino era de unos sesenta pies.

Quien quiere creer en todo es evidente que puede encontrar pruebas; pero falta todavía mucho para darnos una convicción.

Una vez que hemos examinado bien los hechos y los hemos considerado, nos hallamos en estado de ver lo que nos enseñan las fuentes ocultas. En la obra que ya hemos mencionado algunas veces, *The Pyramid and Stonehenge,* encontramos lo siguiente:

«El manejo de las piedras gigantescas que usaban en este trabajo, y también en efecto para la construcción de la Gran Pirámide, puede únicamente explicarse por el uso en esta obra de un conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, que se ha ido perdiendo por la humanidad durante la decadencia de la civilización egipcia y la barbarie de la Edad Media, y que aún no se ha redescubierto por la ciencia moderna.»

Y más adelante:

«¿Pero cómo vencían las dificultades para manejar esas masas de piedra gigantescas, cuya sola superposición parece haber exigido un auxilio mecánico que sólo podemos imaginarnos en nuestros días? Sobre este particular sólo en Atlantis se pue-

de encontrar algo, cuando finalmente se arroje más luz sobre su historia. Allí se usaban medios mecánicos de naturaleza muy adelantada, pudiendo disponer de ellos para cada obra. Pues los constructores de aquel tiempo no usaban sólo de los medios naturales de que hacemos uso ahora para mover grandes pesos. Durante la madurez de la civilización atlántica, algunas fuerzas naturales que ahora sólo son del dominio de los adeptos de la ciencia oculta, se usaban por la generalidad, pues los adeptos del tiempo no se hallaban bajo la obligación de guardar cuidadosamente el secreto de su existencia, y entre ellos había la facultad tan raramente concedida ahora, que es negada por los modernos, de modificar la fuerza de la gravedad.»

En seguida el Sr. Sinnet pasa á defender la existencia de ese poder, y dice que aunque la mayoría de la humanidad, naturalmente, se burle de semejante poder, del que nunca ha oído hablar ó ha visto ejemplo alguno, bien se le puede aplicar la frase de Galileo: *E pur si muove*. Y añade que la solución de este enigma debe buscarse en la construcción de esos antiguos monumentos. Indagadores clarividentes han visto y averiguado la construcción en las imágenes akasáicas, y nos dicen que esas piedras gigantescas fueron puestas en su lugar por medio de tallados, como vemos se usa en las construcciones ordinarias.

Anotado esto, veamos cómo se construyeron las pirámides. Los adeptos que dirigieron el trabajo lo facilitaban con la elevación parcial de las piedras que se usaban, y los obreros que trabajaban bajo su dirección creyeron que aquellas moles eran fácilmente manejables, y así no les sorprendió que ese poder fuese ejecutado por ellos. Con esta explicación sencilla, aunque indudablemente muy misteriosa, las dificultades enormes que se presentaban en la edificación de esos colosales monumentos pueden quedar resueltas. Por extraña é increíble que pueda parecer esta explicación para un letrado, la explicación aceptada hasta el presente por los arqueólogos no deja de serlo menos atentamente considerada. Estos se hallan conformes en que los constructores de esos gigantescos monumentos, y también los de la Gran Pirámide, hicieron trabajar á un infinito número de obreros durante años y años para apilar de un modo ó de otro las grandes piedras á lo largo de ella por medio de palos, rodillos y garruchas. Pero cuando sabemos, como sabemos ahora, que en esas construcciones la mayor parte de sus piedras pesan

de doscientas á trescientas toneladas, y que, por ejemplo, en el templo de Baalber, en Siria, hay piedra de mil quinientas, esta hipótesis nos extraña, porque para ella se pide más de nuestra fe que en la misma explicación oculta. Se quiere que aceptemos una cosa que sabemos es físicamente imposible, y diciéndolo en sentencias ordinarias, y porque hablan de cosas que podemos observar en cuanto á pesos *pequeños*, que lo aceptemos sin más reparo. Pero esos gigantescos trabajos de la antigüedad están ahí como una prueba perenne de que el mundo, al tiempo de su construcción, fué testigo de una arquitectura que no acudió á la fuerza bruta, sino á una ciencia más sutil que la que puede utilizarse hoy día.

Tratado este punto de la construcción pasaremos á describir el sistema de las galerías y de las salas para llegar luego al verdadero fin de este trabajo: el examen de las diversas teorías emitidas acerca de la significación de estos monumentos.

(Continuará.) **H. J. van GINKEL.**

Versión española del holandés, por **R. Lensselink.**

EL NÚMERO SIETE

Los antiguos tenían la más alta idea de perfección del número siete ó septenario; los primeros griegos le llamaban *septas* ó venerable. Cicerón afirma en su *Sueño de Escipión* que apenas existe algo en el mundo de lo que ese número no sea el nudo que lo enlace, y según Platón, en él está encerrado el origen del alma del mundo. Los planetas son en número de siete; la luna, que ocupa el séptimo lugar entre las esferas, se halla sometida á la acción del siete. Su propia y verdadera revolución la termina en veintiocho días, total de los siete primeros números adicionados, y sus fases principales son cuatro, cada una de siete días. El inmenso océano cede igualmente á la influencia del número siete, porque en el flujo y reflujo sucesivo de sus aguas sigue ciegamente las revoluciones de aquel astro. El sol y la luz etérea también se someten á la acción del mismo número. Según el septenario, se arreglan las series todas de la vida humana, su concepción, su formación, su nacimiento y desarrollo. Siete días después de la concepción, el germen, casi

fluído, se envuelve con una vejiga membranosa, en la que permanece encerrado como el huevo en su cáscara. A los siete meses, el infante se halla en estado de poder vivir; pasados cuarenta y nueve días, ó siete veces siete, ya mira fijamente los objetos. Su primera dentición comienza siete meses después de nacido. A los siete años, sus dientes tiernos y delicados se reemplazan por otros, adecuados á triturar otra clase de más sólidos alimentos. Su pubertad comienza á los catorce años, ó dos veces siete. Otros tantos después cesa de crecer y principia á salir el bozo. A los treinta y cinco, ó cinco veces siete, se encuentra en la plenitud de su fuerza muscular, y á los cuarenta y nueve, ó siete veces siete, llega al límite de su desarrollo intelectual. Siete órganos interiores se cuentan en el cuerpo humano: la lengua, corazón, pulmón, el bazo, el hígado y ambos riñones. Siete substancias constituyen el espesor del cuerpo, desde el centro á la superficie, que son: el tuétano ó medula, los huesos, nervios, venas, arterias, carne y piel. Colocados los sentidos en la cabeza, desde donde ejercen sus funciones, guarecidos en ella cual en una fortaleza, dan sus órdenes y reciben las impresiones de afuera por siete huecos ó ventanas esteriores: la boca, los dos ojos, las narices y los dos oídos. Por último, siete son igualmente los movimientos exteriores del cuerpo, y así éste camina ó adelante ó para atrás, á derecha ó á izquierda, arriba ó abajo, ó girando sobre sí mismo. Fuera de estas propiedades del septenario, los antiguos reconocían muchas otras, y así contaban siete clases de metales, siete colores primitivos, siete notas ó puntos y siete tonos de música.

De todas las particularidades ó analogías del número siete, las que han producido más símbolos son todas las que tienen relación con el sistema planetario, con la constelación de las siete pléyadas y la de las siete estrellas de la Osa Mayor y Menor. En este sentido se deben entender especialmente los siete manous de los indios; sus siete dioses planetarios; los siete mares que rodean el monte Merou; los siete anillos proféticos de los bramanes; los siete kamis, príncipes ó espíritus celestes de los japoneses; las siete clases de ángeles que conocen los siameses; los siete amschaspands ó compañeros de Mitra; las siete gradas para subir á la escala de los misterios de aquel Dios; las siete piras de sus adoradores; los siete pilotos de Osiris; los siete caños de la flauta del dios Pan; los siete hijos de Rea; los

otros tantos de Astarte; las siete pirámides de Laconia; las siete puertas del templo del Sol en Heliopolis; los siete cuerpos ó tramos de la torre de Babilonia; las siete torres sonoras de la antigua Bizancio; los siete escalones del templo de los destinos y las siete hojas de su libro; las siete vocales que pronunciaban los paganos al invocar á los siete planetas; las siete villas del cielo de los escandinavos y las siete flores de la visión de Gylfe en el Edda; las siete hendiduras del ídolo de Moloch; los siete arcángeles de los caldeos y su dios; las siete horas que Adán y Eva permanecieron en el Paraíso terrestre; los siete pares de animales que se encerraron en el arca de Noé; los siete meses de la duración del diluvio; las siete gradas de la escala mística de Jacob; los siete días consagrados por los hebreos á llorar la muerte de ese patriarca; las siete vacas gordas y las sietes flacas del sueño de Faraón; los siete años de abundancia y otros tantos de esterilidad profetizados por Josef; las siete plagas de Egipto; las siete torres de Jericó combatidas por Josué, y las siete veces que los levitas hicieron resonar sus trompetas para echar por tierra los muros de aquella ciudad; los siete días de la fiesta de los tabernáculos; los siete ojos del Señor; las siete columnas de su casa y los siete patios ó mansiones del templo de Salomón; los siete años empleados en la construcción de aquel suntuoso edificio; el candelero de siete brazos que se hallaba en su recinto; los siete años que permaneció Jesús en Egipto; las siete plagas que afligieron á aquel país; las siete palabras que pronunció el Salvador en la cruz; los siete dolores de nuestra Señora; los siete sacramentos; los siete pecados capitales; los siete salmos penitenciales; las siete iglesias y otros tantos candelabros del *Apocalipsis;* las siete estrellas que rodean al hijo del hombre; los siete ángeles; las siete trompetas; las siete lámparas; los siete truenos; las siete cabezas del dragón; los siete cuernos y los siete ojos del cordero; el libro de los siete sellos; los siete cielos de los gnósticos y las siete inteligencias que, según ellos, en las mismas residían; los siete hijos de Jadalbaoth entre los ophitas; los siete durmientes de los árabes; los siete cielos de los Madecasses.

F. T. B. CLAVEL

INRI

En la pendiente de la vida he visto
doblado por el peso del madero
y enrojecido por su sangre á Cristo.
El pueblo despreciábale altanero;
no se alzaba en redor piedad ninguna.
Él iba humilde, si, pero severo.
¿Nimbaba su cabeza luz de luna,
ó resplandor de fugitiva estrella
reflejada un instante en la laguna?
¡No lo sabré jamás; la luz aquella
era la del Tabor—la indeficiente—
y no dejaba en los espacios huella!
Vociferaba insólita la gente;
Él, en su camino, lento proseguía
y el sudor inundábale la frente.
El llanto su mirada obscurecía
á las veces, y en lágrimas deshecho
por su semblante pálido corría.
Era á cada momento más estrecho
el camino y más dura la jornada,
y el aliento más débil en su pecho.
La turba, cada vez más alentada,
le seguía brutal, como si fuese
bestia feroz por perros acosada.
Escarnios y blasfemias por doquiera
resonaban en torno de aquel justo
que lanzaba su lágrima postrera.
Era Jerusalem ébria de gusto,
con Barrabás en hombros, y mostrando
al excelso Señor el rostro adusto.
Cerré los ojos para abrirlos cuando
cesó el rumor; Jesús resplandecía
¡ay! enclavado en el madero infando....
¿Hace ya muchos siglos.....? ¡Hace un día!

Jesús E. VALENZUELA

CRISTO, SOLO

Y descendió Cristo de los Cielos y volvió á la tierra.

Y los hombres se alborozaron en su presencia, y los que se decían cristianos tuvieron regocijo.

Y alfombraban con las vestiduras su camino, y en él esparcían ramos y hojas.

Y las alabanzas llenaban el aire.

É íbale siguiendo una gran muchedumbre de gentes.

Y eran aquellas gentes hipócritas, y su contento fingido y su alegría falsa. Y caminaban en pos del Nazareno con la mirada entristecida por la visión de la culpa, la frente inclinada al peso del pecado.

Mas viendo Jesús á todo este gentío, subió á un monte; en él nacían las cruciatas de flores azuladas.

Y aparecióse á la multitud como á los Apóstoles en la cumbre del Tabor: su rostro resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la nieve.

Y por la llanura se extendieron las gentes.

Y toda la ocuparon: los sacerdotes, falange negra que á trozos purpureaba con las sangrientas notas de sus altas jerarquías; los guerreros, tropel abigarrado que aturdía con su estruendo y deslumbraba con su brillo; los ricos, franja de luz con destellos de poderío y riqueza; los pobres, mancha de sombra en el triste desamparo de su desnudez y de su miseria.

Y la voz de Jesús hendió los aires.

Y era la voz dulce que en Galilea predicó el Evangelio del reino.

Y era la voz suave que, con perdón de pecados, prometió eternas bienaventuranzas.

Y era la voz divina que á Simón limpió de la asquerosa lepra, resucitó á Lázaro y espantó los malignos espíritus.

Y era la voz sublime que hizo á los cojos andar, á los sordos oir, á los ciegos ver.

Y las palabras se aromaban en la mística flor de sus labios.

Y se extendían en oleadas armoniosas sobre la muchedumbre.

Y dijo Jesús:

«He aquí que soy el sembrador que viene á visitar sus campos, á ver si fructificó la semilla. Hablad, que por vuestras palabras habréis de ser justificados y por vuestras palabras condenados.»

Y nadie habló.

Y Jesús, dirigiéndose á los sacerdotes, dijo:

«Vosotros sois los primeros, la luz del mundo. En vuestras manos encomendé mis enseñanzas y mis doctrinas. Potestad os dí para curar enfermos y sanar leprosos. Id en busca de las ovejas perdidas en casa de Israel, os dije. Y hallo la cristiandad enferma, mis enseñanzas en el olvido, mis ovejas descarriadas. ¿Cumplisteis mis preceptos?

»No poseáis oro ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, os dije. ¿Lo habéis cumplido?»

Y de la turba negra se alzaron confusos rumores: las iras del pecado.

Y la voz de Cristo se oía claramente.

Y eran sus palabras sobre el gentío como las blancas gaviotas sobre los mares que, bajando del Cielo, sin temor de sus furias, lo rozan con sus alas.

Y las furias de los mares no logran ahogar las blancas gaviotas, ni las furias de los hombres las palabras divinas.

Y, volviendo la espalda á Cristo, los sacerdotes se alejaron ensombreciendo el valle.

Y algunos no querían irse. Y eran los sacerdotes de fe sencilla, alma candorosa y virtud austera; los que consuelan el infortunio y la necesidad, alivian y remedian la desgracia.

Y eran pocos y los malos los arrastraron.

Y la voz de Jesús los azotaba:

«¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los Cielos á los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar á los que entrarían! ¡Guías ciegos! ¡Sepulcros blanqueados!»

Y las gentes no veían que los sacerdotes abandonaban á Cristo. Y, arrodillándose á su paso, besaban las orlas de sus túnicas.

Y vibró en el espacio la advertencia evangélica:

«Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura producen uvas los espinos é higos los abrojos?»

Y ya los sacerdotes habían desaparecido.

Y otra vez la boca del Maestro vertió como óleo derramado sus divinas enseñanzas.

Y predicó la verdad y el bien; la caridad oculta y la limosna secreta; la oración fervorosa nacida del alma y no de los labios.

Y los que debían su medro á la ostentación de sus devociones le abandonaron, y los que obtenían lucro con la publicidad de sus sentimientos, hipócritamente se alejaron de él.

Y eran muchos.

Y Jesús continuó:

«En verdad os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla ya cometió adulterio en su corazón con ella.

»No resistáis al mal; antes si alguno os hiriere en la mejilla derecha presentadle la izquierda.

»El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

»Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian.»

Y al escuchar las palabras de Jesús, unos en pos de otros, muchos hombres perdiéronse en la llanura.

Y eran los adúlteros, los vengativos, los iracundos y soberbios, los envidiosos.

Y la envidia dejaba á su paso la tierra amarillenta é infecunda.

Y eran las almas de aquellas gentes, secas como la higuera de Betania; y en el camino de perdición no aspiraban los dañinos perfumes de las flores del mal ni gozaban los engañosos deleites del pecado.

Y el lúcido tropel de armas rodeó el monte.

Y Jesús dijo:

«¿Acaso sois vosotros combatientes de la virtud, soldados de la fe?»

Y contempló con amargura la necia soberbia de sus divisas,

*

la hinchada vanidad de los motes y empresas que adornaban los pendones y campeaban en los escudos como cifra de nobleza y emblema de gloria.

Y nadie rompió el silencio.

Y Jesús continuó:

«Paz traje á los hombres. Mi reino por el amor se conquista. Crió mi Padre cándidas palomas, no buitres carniceros. ¡Ay del que ensangriente la tierra!»

Y el ruido de las espuelas denotó el temblor de los soldados.

Y nada dijeron.

Y los combatientes de la ambición, del egoísmo y la avaricia volvieron las espaldas á Cristo y se alejaron por la llanura.

Y el gentío, ofuscado por su luz y aturdido por su estruendo, con entusiasmo los aclamaba.

Y el sol avivaba los colores de los escudos, quebrábase en el oro de los bordados y hacía brillar las corazas y fulgir los aceros.

Y la voz del Redentor los perseguía:

«Porque, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?, ó ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?»

Y el viento, soplando con fuerza, se llevó en sus alas el rumor guerrero.

Y una nubecilla ocultó el sol á los hombres.

Y perdieron los colores su viveza, los bordados sus reflejos, su brillo las corazas, los aceros sus fulgores.

¡Gloria efímera, vana pompa, ruido á merced del viento que sopla, falsa luz de otro reflejo que la nube desvanece!

Y la franja luminosa con destellos de poderío y de riqueza se acercó al monte.

Y Cristo, tras sus esplendores, columbró las desnudas carnes de la pobreza.

Y sonrió amargamente, diciendo:

«El que tenga dos túnicas que dé una.»

Y nadie obedeció la voz divina.

«No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen y en donde ladrones los desentierran y roban. Mas

atesorad para vosotros tesoros en el Cielo, en donde ni orín ni polilla los consumen y en donde ladrones no los desentierran y roban.

»Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón. Y si lo tuyo vendes y lo das á los pobres, tendrás un tesoro en el Cielo y digno serás de bienaventuranza.»

Y á esta propuesta los que tenían muchos bienes se entristecieron.

Y se alejaron de Cristo.

Y echando Jesús una ojeada alrededor de sí, dijo:

«¡Oh, *cuán difícilmente* los acaudalados entrarán en el reino de Dios! ¡Hijos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios!»

Y los ricos, vueltas las espaldas á Cristo, que es la luz, caminaron hacia la sombra.

Y sólo quedó en la llanura la turba harapienta y miserable.

Y eran los hombres desnudos á quienes el hambre hace dudar y el desamparo hace maldecir.

Y eran aquellos los preferidos de Jesús. Y mirándolos con ternura dijo:

«Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajo y cargas, que yo os aliviaré.»

Y aquellas gentes, no escuchando á Jesús, se desparramaban como ovejas sin pastor, siguiendo á los ricos.

Y viéndolo, dijo Cristo:

«Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podéis servir á Dios y á las riquezas.»

Y de la turba de víctimas sociales se alzó formidable clamoreo.

Y muchas voces decían:

«Odiamos á los ricos, pero somos sus siervos. Para ellos son nuestro trabajo y nuestra vida; los desperdicios de su mesa para nosotros. Ellos nos dan los harapos que nos cubren.»

Y la voz de Cristo, rebosando de tristeza, llenó los aires:

«¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo *más* que el vestido?
»Mirad las aves del Cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en

trajes y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas?

»Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan.

»Y yo os digo que ni Salomón con toda su gloria fué cubierto como uno de éstos.

»Pues si al heno del campo que hoy es y mañana se echa en el horno Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe?

»Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.»

Y de las gentes que se alejaban salían voces diciendo:

«¿Y el pan de mañana?»

Dijo Jesús:

«¿Hay por ventura alguno entre vosotros que pidiéndole pan un hijo suyo le dé una piedra? No andéis cuidadosos por el día de mañana. Le basta al día su propio afán.»

Y la voz del Nazareno llegó á la muchedumbre con dejos de amargura terrena y modulaciones de humano sollozo.

Y se conmovió el gentío miserable, y la turba vaciló y se detuvo.

Con igual acento ellos pidieron pan y abrigo.

La voz del Hijo de Dios, humanada por la amargura con temblores de súplica, penetró en sus corazones.

Y los pobres pensaron que si fueran ricos no abandonaran á Cristo.

Y no comprendían que el oro y la molicie endurecen el corazón y engendran el pecado.

Mas temieron la cólera de los ricos y siguieron sus pasos.

Y las palabras de Jesús iban en pos de ellos dulces y tristes:

«Tomad mi yugo sobre vosotros, porque suave es mi yugo y ligero el peso mío.»

Y ya los pobres habían desaparecido.

Y quedó la llanura desierta.

Y Cristo, solo.

Y al verse abandonado, su voz dulce endurecióse, y dijo:

«¡Hipócritas! Con razón profetizó Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

Y en un instante padeció todos los dolores sublimes de su olvidada y estéril pasión redentora: sintió en sus hombros el peso del manto de púrpura; en sus sienes las punzadoras espinas que como Rey del dolor le coronaran; en sus manos el irrisorio cetro de caña.

Y vió que el pueblo, arrodillado, escarnecía su majestad, diciéndole:

«¡Dios te salve, Rey de los judíos!»

Y sintió los salivazos en sus mejillas.

Y esta vez no tuvo Cirineo que le llevara la Cruz ni cariñosas manos que enjugaran su frente.

Y el rostro divino no quedó impreso en el lienzo por el sudor humano.

Y los clavos abrieron en sus carnes cruentas desgarraduras.

Y al lanzazo, de su costado brotó la sangre.

Y apuró las hieles. Y sus labios gustaron la amargura del vinagre.

Y esta vez el sol no se obscureció ni tembló la Naturaleza; no se rasgó el velo del templo; las piedras no se partieron; los muertos no resucitaron.

Y hacía más doloroso el tormento la risueña quietud de la tierra que bajo el sol dormía, el piar gozoso de las golondrinas azuladas, aves del Cielo que, indiferentes á su martirio, revolotean en torno de la redentora cabeza.

Y bajo el Cielo azul y el sol esplendoroso, en la cumbre del Calvario que la humana maldad eterniza, por el dolor transfijo y de la Cruz pendiente, de todos abandonado, en la soledad amarga, el Hijo de Dios lloró como los hijos de los hombres.

Enrique DE MESA

BIBLIOGRAFÍA

Jesús E. Valenzuela.—*Musas y Cármenes.*—México, 1904. Imprenta de Ignacio Escalante.

En la producción artística hay de un tiempo á esta parte todo un arsenal para estudios de un orden más elevado, y de tal modo son aprovechables los datos y los hechos que suministra, que no se vacila entre los más exigentes positivistas en tomar los caracteres, las reflexiones, las actitudes y

los estados que presentan á la consideración general en sus obras, cuadros, pinturas, novelas, audiciones, esculturas, etc., por datos tan excelentes y utilizables como los hechos reales de la vida ordinaria. Esta «utilidad» de la obra de arte parecía un patrimonio exclusivo de las obras clásicas; hoy lo es de casi toda la producción artística. Las novelas de Dostoyusky han hecho más por la antropología criminal que las Memorias oficiales sobre las cárceles y presidios de tal ó cual país. Daudet ha contribuído á la psicología en una proporción gigantesca. Bulner Lytton ha testificado en *Zannoni* más sobre la realidad del ocultismo que todos los grimarios de la Edad Media. Por la moral, por el espíritu, por la elevación humana, han trabajado más de lo que parece, Wagner y Grieg con su música; Puvis de Chavannes y Ronetts con su pintura; Edgard Poe, Sully Prohudhom, Wat-Witman con su poesía.

A veces, muchas veces, una estauíta, una romanza, un pequeño poema, hace más por todo lo serio y más profundo de la vida que el más rígido, concienzudo y voluminoso trabajo de ciencia.

He ahí las reflexiones que nos ha sugerido este libro de Jesús E. Valenzuela, un libro lleno de poesía, y allá lejos, en el sagrado, en el adyta de cada poema, lleno de ciencia de sutil y profunda observación. Es un libro digno del verdadero poeta, de ese poeta que al decir de Emerson es el gran decidor del universo. Y es que nuestro joven autor, como Lugones, como Nervo, como el mismo Wat-Witman, es profundamente teósofo. Yo no sé si habrá estudiado teosofía; pero sé que la siente, que lo mejor de su producción es *Eso*. Y *Eso*, *Eso mismo* es todo lo que hay y lo que existe en la obra del Sr. Ruelas, el dibujante que ha colaborado en la ilustración de ese libro.

Los dibujos de este artista merecen un estudio detenido y escrupuloso, como lo merecieron en otro tiempo las fantásticas creaciones de Willan Blacke. Son dibujos de vidente, calcados, positivas de privilegiadas visiones de un mundo muy semejante al que se nos describe como mundo de un plano superior.

En ocasión más oportuna volveré sobre la obra de este dibujante, tan poco conocido entre nosotros, y creo que podré demostrar satisfactoriamente estos asertos, que podrán tomarse ahora como mejor estime el lector.

No conozco á nadie que pudiera ahora ilustrar con verdadero espíritu, con el mejor arte, *La caída de un ángel*, de Lamartine; *La desaparecida Atlante*, de Scott-Elliot, ó *El cielo*, de Swedesborg, que este artista. Boreslao Biesgas, únicamente esculpiendo sus sueños, haría una obra semejante.

Rafael Urbano.

Anuario Rapp. (Año II.)—*Cocina vegetariana argentina.* Buenos Aires, 1906.

El éxito que alcanza en la República Argentina la alimentación racional, basada sobre suministros vegetales, lo testifica la aparición de este

Anuario, obra del infatigable Armando E. Rapp, director de la revista *Vida y Naturaleza.*

Es un libro teórico y práctico, un manual completo, puesto al alcance de todo el mundo, y en el que todo el mundo puede aprender mucho.

Muy de veras felicitamos á nuestro amigo por la favorable acogida que tiene esta obra entre el público bonaerense, y animándole para que siga en tan noble empresa, le damos gracias por su atento envío.

U. G.

Vicente García Ruy-Pérez. — *Magnetismo personal ó arte de triunfar en la vida.*—1 vol., 5 pts. Biblioteca de «La Irradiación». Mayor, 50, pral. Madrid.

El *Magnetismo personal* es un libro que se debe estudiar y meditar seriamente. Prestará los mayores servicios á todas las clases sociales, y será tan apreciado en el palacio del rico, á quien la fortuna no le hace feliz, como en la casucha del honrado obrero que aspira á mejorar su posición. Es una verdadera revelación para todos los que comprendan, pues contiene el secreto de la osadía y del valor, de la fuerza y de la salud física y moral; el secreto del éxito en lo que se emprenda; el de la bondad, de la virtud, de la sabiduría; el secreto de todos los secretos; la llave de la magia y de las ciencias denominadas ocultas.

Está escrito en estilo conciso y sencillo, que lo pone, á pesar de la aridez aparente del asunto, al alcance de todas las inteligencias.

Tiene esta obra, además, una ventaja sobre las análogas que constantemente dan á luz las prensas norteamericanas, más ávidas del lucro que de la difusión de la verdad, y es que está hábilmente expuesta y honradamente escrita. Es el resumen más acabado y perfecto sobre la materia á que está consagrada, pues en sus páginas se revistan y exponen los mejores trabajos sobre el particular.

En un trabajo de esta índole, más práctico y popular que doctrinal y expositivo, es perdonable el poco espacio que consagra á la filosofía yoga, en donde implícitamente está toda la enseñanza sobre el dominio de la voluntad. Esta salvedad, que se puede hacer después de examinar atentamente esta obra, es un descuido que comprenderán los mejores lectores de la misma; pero no deja de ser un peligro para los que sólo vayan hacia este libro guiados únicamente por la promesa que envuelve la segunda parte del título que lo encabeza, «Arte de triunfar en la vida». Sería una buena obra á favor de los «débiles» la desaparición de esta promesa, ó una aclaración más detallada de la preeminencia moral sobre la práctica que puede perseguirse por los extraviados. No dudamos que así se hará por el autor de este trabajo, á quien no ha de confundirse con esos hábiles profesores de los institutos de magia negra.

U. G.

N. Fernández. B.—*Origen y objeto de la vida.*—Carbonell y Esteva, editores. Barcelona. 1 vol., 2,50.

Este libro podía empezar con las primeras palabras con que Montaigne empieza sus célebres *Ensayos;* «Este es un libro de buena fe.» Está escrito con el corazón, y está dedicado por el autor á sus hijos, á quienes hace así uno de los mejores presentes que puede hacer el hombre á su descendencia: legar el fruto de sus desvelos, de sus vigilias, y lo que es más, el pejugal que ha cultivado día por día en ese mundo superior que nos toca á cada uno.

No es un libro atrevido, batallador; es un libro de paz, y más bien el resultado de una batalla que un comienzo de la misma.

El autor llega al fin de su tarea serenamente, sin desmayo alguno y sin perderse un instante en el laberinto que recorre. Las diez y ocho conclusiones que resumen toda su indagación no parecerán muy nuevas á los que buscan en los libros más la novedad que la verdad y el noble deseo de exponerla tal como uno la comprende. Para unos parecerá panteismo, hilozoismo, espiritismo. El autor, sin embargo, no ha querido que fuese nada de eso, sino una exposición de su leal saber y entender sobre el tema más interesante de nuestra existencia: la existencia misma.

En su última expresión, las ideas del autor sobre el origen y objeto de la vida son que la vida es la actividad de la substancia, una propiedad inherente é inseparable de ésta, siendo, por lo tanto, eterna, hallándose en todas partes. Toda la materia es, pues, orgánica. El fin y objeto de nuestra existencia es la perfección moral, la conquista del Sumo Bien, término y fin de nuestra evolución.

Tal es, en conclusión, la obra del Sr. N. Fernández, digna de ser leída y estudiada con el detenimiento que merece tan interesante tema.

G. de la C.

J. Fernando Carbonell. —*Posible armonia del naturismo con la cristización.* Montevideo, 1906.

Es un folleto editado por el *Centro Natura,* adjunto á la Universidad libre de ciencias naturistas que dirige en Montevideo el autor, juntamente con la revista de higiene, fisatria y naturismo *Natura,* una de las más autorizadas en la predicación y la enseñanza de la vuelta á la naturaleza.

U. G.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.